

Remo Bodei

Generaciones

Edad de la vida, edad de las cosas

Traducción de
Maria Pons Irazazábal

Herder

Título original: Generazioni. Età della vita, età delle cose

Diseño de la cubierta: Purpleprint creative

Traducción: Maria Pons Irazazábal

© 2014, Gius. Laterza & Figli, Roma-Bari

© 2016, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-3458-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: XXXXXXXXXXXX

Depósito legal: B-XXXXXX-2016

Printed in Spain – Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

1. LAS TRES EDADES DE LA VIDA	9
2. GENERACIONES	39
3. HEREDAR Y RESTITUIR	85

1. Las tres edades de la vida

1. Entre juventud y vejez existe una simetría inversa: los jóvenes tienen poco pasado a sus espaldas y mucho futuro por delante; los viejos, por el contrario, tienen mucho pasado a sus espaldas y poco futuro por delante. Ante los jóvenes se despliegan las esperanzas, a los viejos no les quedan más que los recuerdos. En los primeros el futuro se abre a lo posible y, en la imaginación, se puebla de expectativas y de deseos; en los segundos el pasado supera las otras dimensiones del tiempo, mientras el presente se desliza, necesariamente y con un movimiento acelerado, hacia un futuro próximo en el que el mundo seguirá existiendo sin ellos.

Entre las distintas y tradicionales divisiones de la vida humana —además de la que contempla cuatro partes, siguiendo las estaciones

del año, y de otras que, como en las estampas populares, distinguen hasta seis y ocho fases—domina la que se articula en juventud, madurez y vejez. El motivo de su clara preponderancia (extendida metafóricamente también al ciclo vital de las naciones y de las civilizaciones) procede de la repetida experiencia cotidiana del curso del sol: salida, cenit, ocaso. En esa división, la preferencia se asigna normalmente a la madurez, símbolo de plenitud, de glorioso mediodía, de cumbre de la parábola de la existencia y de objetivo alcanzado, equilibrio feliz entre memoria del pasado y proyección en el futuro. Según las palabras de Shakespeare, la madurez es «todo»,¹ aunque si leemos a Oscar Wilde, «ser inmaduros significa ser perfectos»,² no renunciar nunca a nuevos cambios.

1. A Gloucester, tentado por la muerte, le dice Edgardo: «Debe el hombre aceptar la hora de irse como aceptó la hora de llegada: todo tiene su punto de sazón [*ripeness is all*]» (W. Shakespeare, *King Lear*, V, II, vv. 9-11).

2. Véase O. Wilde, «Phrases and Philosophies for the Use of the Young», publicado originariamente en *The Chameleon*, vol. I, n. 1 (1894), aparecido luego en edición pirata en 1906 y, finalmente, en 1909 en Boston, en C. T. Brainard editor, con el título de *Epigrams. Phrases and Philosophies for the Use of the Young* [trad. cast. incompleta: «Frases y filosofías para uso de la juventud», en *El crimen de lord Arturo Savile*, Madrid, Vda. de Prudencio Pérez, 1918?].

La juventud es, por lo general, inmadura, inexperta, impetuosa, está colmada de deseos. La vejez, en cambio, es a menudo melancólica, resentida, irritable, temerosa y débil (etimológicamente, el viejo es «imbécil», porque tiene necesidad de apoyarse en un bastón, *in baculo*). La primera pasa rápidamente, avanza a grandes zancadas, movida por fuertes instintos y pasiones; la segunda —extenuadas o reducidas las energías propulsoras— se mueve, incluso físicamente, «a cámara lenta», arrastrando los pies hacia el pasado, la única dimensión del tiempo que le pertenece por completo y que todavía considera suya, mientras que el futuro, más aún que en otras edades, se cierne desvaído o amenazador. Al intentar atribuir retroactivamente un significado a la propia existencia, el viejo se da cuenta de que se halla ante una empresa imposible: «Tras haber intentado dar un sentido a la vida, adviertes que no tiene sentido plantearse el problema del sentido, y que la vida debe ser aceptada y vivida en su inmediatez como hace la gran mayoría de los hombres. ¡No hacía falta tanto para llegar a esta conclusión!». ³

3. N. Bobbio, «Autobiografia intellettuale», en *id.*, *De senectute e altri scritti autobiografici*, ed. de P. Polito, prefacio de G. Zagrebelsky, Turín, Einaudi, 2006, p. 132 [trad. cast.: *De senectute y otros escritos autobiográficos*, Madrid, Taurus, 1997, p. 176].

Mientras los jóvenes aspiran por lo general a conseguir bienes materiales e inmateriales, los viejos viven bajo el signo del agustiniano *metus amittendi*, del miedo a perderlo todo, de avanzar en el crepúsculo hacia lo desconocido o, tal vez, hacia la nada. Al comprobar, afligidos, que las energías del cuerpo y del espíritu desfallecen, experimentan una imparable hemorragia de vida. Por eso a menudo se confían a Dios, repitiendo inconscientemente las palabras del Salmista: «No me arrojes, llegado a la vejez, / ni al faltarme las fuerzas me abandones» (Sal 71,9-10). Sienten que la vida huye, con un movimiento tanto más acelerado cuanto más descienden al shakesperiano «valle de los años». Su miedo es entonces más inquietante que el de los más jóvenes, ya que —como advertía a comienzos del siglo XVIII Madame de Lambert en su *Traité de la Vieillesse*— son más conscientes de que «nous ne vivons que pour perdre» [«nosotros vivimos para acabar»].⁴

Véase también, J. Améry, *Über das Altern. Revolte und Resignation*, Stuttgart, Klett, 1968 [trad. cast.: *Revuelta y resignación: acerca del envejecer*, Valencia, Pre-Textos, 2001].

4. Cf. M.^{me} la Marquise de Lambert [A.-Th. De Marguenat de Courcelles Lambert], «Traité de la Vieillesse suivie de ses Lettres à plusieurs personnages célèbres», en *Œuvres complètes*, París, L. Collin, 1808, p. 145 [trad. cast.: *Obras de la Marquesa de Lambert*, Madrid, Oficina de D. Manuel Martín, 1781, p. 152]; y

Esta distinción en tres franjas de edad, elaborada teóricamente por Aristóteles en la *Retórica*, me servirá de piedra de toque para comparar en primer lugar los cambios producidos en nuestra actual división de las edades de la vida. Examinémosla más de cerca. Para Aristóteles, los jóvenes «viven la mayoría de las cosas con esperanza; porque la esperanza mira a lo que es futuro, mientras que el recuerdo mira al pasado». Los viejos, por el contrario, no gozan del mismo modo de esta pasión: «Y son amantes de la vida, y más hacia su último día, porque el deseo tiene por objeto lo que no está o no se tiene, y aquello de que se carece se apetece más».

La plenitud, el luminoso y sereno mediodía de la vida del individuo, está en el punto medio, en la madurez, ya que la juventud peca por exceso y la vejez por defecto: «Cuanto de bueno se reparte entre la juventud y la ancianidad, todas las cosas que poseen unos y otros, todas las tiene también el hombre maduro, y de las cosas que a unos les sobran y a otros les faltan, posee lo que es moderado y adecuado».⁵

véase también G. Leopardi, *Zibaldone di pensieri*, ed. de A. M. Moroni, 2 vols., Milán, Mondadori, 1983, vol. I, p. 347 [636], 10 de febrero de 1821 [trad. cast. parcial: *Zibaldone de pensamientos: una antología*, Barcelona, Tusquets, 1990].

5. Aristóteles, *Retórica*, II, 12-14, 1388b-1390b [trad. cast.:

Como observó agudamente Maquiavelo en sus *Discursos*, el juicio sobre el pasado se modifica al mismo tiempo que nosotros, varía con la variación de nuestros apetitos y con el desarrollo de nuestra experiencia. Lo demuestra el ejemplo de los viejos y de todos los «defensores» de las cosas pasadas, acostumbrados a «alabar» el tiempo que fue y a «criticar» el presente. Su actitud, añade Maquiavelo, solo sería justificable si los viejos conservaran las mismas pasiones y los mismos intereses de su juventud: «Así sería si los hombres conservaran toda su vida el mismo juicio y tuvieran las mismas pasiones; pero variando aquel y estas, y no el tiempo, no puede parecerles este lo mismo cuando llegan a tener otros gustos, otros deseos y otras consideraciones en la vejez que en la juventud. Con la edad van perdiendo los hombres las fuerzas y aumentando su prudencia y su juicio, y necesariamente lo que les parecía en la juventud, soportable y bueno, en la ancianidad lo tienen por malo o

Retórica en Obras, Madrid, Aguilar, 1973, pp. 167-169]. Sobre las edades de la vida, véanse en especial E. H. Erikson, *The Life Cycle Completed. A Review*, Nueva York, Norton, 1982 [trad. cast.: *El ciclo vital completado*, Barcelona, Paidós, 2000] (Erikson distingue ocho ciclos vitales), y R. Guardini, *Die Lebensalter. Ihre ethische und pädagogische Bedeutung*, Würzburg, Im Werkbund-Verlag, 1963 [trad. cast.: *Las etapas de la vida: su importancia para la ética y la pedagogía*, Madrid, Palabra, 1998].

insufrible; no es, pues, el tiempo lo que cambia, sino el juicio».⁶

En épocas normales y pacíficas, el «hombre circunspecto», esto es, prudente y maduro de juicio y de edad, puede llegar a gobernar felizmente sus diferentes situaciones. Pero en épocas difíciles o de mutaciones rápidas, tiene más éxito el «impetuoso», el joven, que por naturaleza está abierto a lo nuevo, dotado de mayor osadía y de menor respeto por el pasado y por el presente. De ahí la tan famosa conclusión de Maquiavelo: «Yo creo firmemente esto: que es mejor ser impetuoso que circunspecto, porque la fortuna es mujer, y es necesario, queriéndola doblegar, someterla y golpearla. Y se ve que se deja vencer más fácilmente por estos que por los que actúan con frialdad; ya que siempre, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos circunspectos, más feroces y la dominan con más audacia».⁷

6. N. Maquiavelo, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, en *id.*, *Opere complete*, con introducción de G. Procacci, vol. II: *Il principe e i Discorsi*, ed. por S. Bertelli, Milán, Feltrinelli, 1960, *Proemio*, pp. 273-274 [trad. cast.: «Discursos sobre Tito Livio» en *Obras políticas*, Madrid, Librería de la viuda de Hernando y Cía., 1895, pp. 461-462].

7. N. Maquiavelo, *Il principe*, en *Opere complete*, *op. cit.*, vol. II: *Il principe e i Discorsi* [trad. cast.: *El príncipe*, Madrid, Tecnos, 2011, cap. XXV, p. 255].

Aunque en las culturas tradicionales la vejez generalmente ha sido exaltada (decía Demócrito que «la fuerza y la belleza son atributos de la juventud; pero la flor de la vejez es la moderación»),⁸ la juventud siempre ha sido elogiada por su belleza y energía, y no desde luego por su sensatez, y ha sido añorada en cuanto uno percibe que el color rosado y fresco del rostro y de los miembros (el *lumen iuventae purpureum* y el *verecundus color*) empieza a amarillear y a apercigaminarse.⁹ Por esto, cuando uno se hace viejo, a menudo siente estupor y le embarga un absurdo sentimiento de incredulidad al constatar el cambio que se ha producido en sus rasgos: «¡Ay!, clamarás, al verte en el espejo, ¡oh Ligurino!, en mutación tan brusca: ¿Por qué, cuando más joven, no me rendí al amor, que ahora me turba? ¿O por qué ahora, cuando al fin me rindo, no vuelve a mis mejillas su frescura?». ¹⁰

Frente a los tradicionales elogios a la vejez (de Cicerón a Mantegazza) como edad en que se ha alcanzado la sabiduría, también es Maquia-

8. Demócrito, fragmento 68 B 294 D-K [trad. cast.: *Los presocráticos y sus fragmentos*, Buenos Aires, Juárez, 1968, p. 253].

9. Cf. Virgilio, *Eneida*, I, vv. 590-591 y Horacio, *Épodos*, 17, v. 21.

10. Horacio, *Odas*, IV, 10, vv. 7-9 [trad. cast.: *Odas y épodos*, Madrid, Instituto Antonio de Nebrija, 1951, p. 257].